

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEGUNDO TRIMESTRE DE 1950

SUMARIO:

E. M. FORSTER: *DE LA CRITICA DE ARTE* •
GONZALEZ VERA: *CRONISTA DE DIARIO* •
JUVENCIO VALLE: *HISTORIA DE LA ROSA* •
MANUEL ROJAS: *MUERTE EN OTOÑO* • AL-
BERTO GERCHUNOFF: *EL LIBRO Y EL ESPI-
RITU* • ENRIQUE ESPINOZA: *JOSE CARLOS
MARIATEGUI GUIA O AMAUTA DE UNA GE-
NERACION* • STEPHEN SPENDER: *RÉCONSI-
DERACION DE D. H. LAWRENCE*

MUERTE EN OTOÑO

I

JUAN no sabe qué piensan de la muerte los demás seres humanos, en qué forma se la representan ni qué sensaciones despierta en ellos. Para él es algo que ocurre en alguna parte que su conciencia no conoce y cuyo sentido de extinción o de desaparición lo penetra rara vez, y lo penetra rara vez porque los seres humanos que conoce y ama, y aun aquellos que no ama aunque conoce, tienen dos vidas: la que viven para sí mismos y la que viven para él. La primera, que les pertenece en absoluto, le es, en principio, indiferente; la segunda, formada por los reflejos que se desprenden de ellos, le pertenece sólo a él y les es, en general, indiferente a ellos. Esos reflejos —sentimientos, pensamientos, movimientos, colores, roces, olores, sonidos— forman en su conciencia una imagen que no desaparece cuando alguno de ellos muere, sino que continúa viviendo con la misma mayor o menor fuerza que esos reflejos le daban. No se ve que la muerte la empañe o disminuya. ¿Dónde está, entonces, la muerte? Puede suceder, y sin duda alguna sucede, que la imagen —si no hay quien la alimente con sus reflejos— llegue a empañarse, pero esto ocurrirá tan insensiblemente y en un espacio de tiempo tan inadvertido, que Juan no llegará a darse cuenta viva de ello. La muerte habrá ocurrido entonces; pero ya no será la muerte.

Por lo demás, aunque la imagen pierda su olor, su sabor, su sonido, sus movimientos o sus pensamientos, no desaparece; persiste, continúa viviendo entre las sombras de la vida pasada, desde donde, en ocasiones, surge, desconocida o difícilmente reconocible, extraña, fría, como esos peces que uno encuentra, muertos, en las playas solitarias.

En aquel caso, además de esa sensación suya de la muerte, Juan tenía motivos para no sentirla en forma subjetiva: sólo hacía diez días que esa mujer había estado entre sus brazos y tenía aun fresco el recuerdo de su cuerpo, de sus pechos sobre todo, cada uno de los cuales cabía exactamente en cada una de sus manos. Y al cabo de esos días, sin que nada lo hiciera presumir, esa mujer desaparecía, moría, y no sólo moría y desaparecía sino que todo lo que él había amado y acari-

ciado se transformaba en algo repugnante, en una cosa que ningún sentimiento, ni siquiera la piedad, le hubiera inducido a acariciar.

Cuando fué encontrada, su cara no era aquella cara que él tomaba entre sus grandes manos y besaba esmerada y minuciosamente sino algo misterioso, completamente ajeno a ella y a él. *El cuerpo, semidesnudo, sucio, hinchado el vientre*, parecía el de una bestia ahogada al atravesar un río. ¿Cómo hacer coincidir esa imagen con la que él guardaba? Aquello no era ella.

Y, sin embargo, lo era.

En el centro de la nave de la pequeña capilla, que parecía reventar de flores, estaba, desaparecida y presente, mostrando, entre las vendas con que habían cubierto el destrozado rostro, algunos rizos de su cabello castaño. Era lo único que se podía reconocer.

Y él era allí como alguien que ha entrado por equivocación; la capilla, las flores, el llanto de las mujeres, los ojos enrojecidos aunque secos de algunos hombres, los rezos rápidos, la misma muerta —a la que había querido tanto y quería aun—, eran algo irreal, absurdo. Nunca se había sentido tan distante de la muerte y de todo lo que puede suscitar. Se percibía ágil y sano y su cuerpo estaba como una máquina recién ajustada, sin una falla, sin una rozadura. Dentro de los pesados zapatos sentía los livianos pies, bien extendidos los dedos; la piel estaba fresca, abierto cada poro, y las largas y duras piernas le sostenían como en el aire. Era un hombre fuerte y tenía la conciencia de serlo. Había estado, durante muchas horas, subiendo y bajando lomas nevadas, comiendo apenas, sediento, quemado, pero gozoso, sintiendo cómo su cuerpo respondía a sus exigencias. De regreso, el domingo por la noche, después de un baño caliente, la cama era como un premio ganado tras ardiente lucha. Y de pronto, el lunes en la mañana, llegaba la noticia:

—Ella ha muerto.

¿Muerto? Al principio la noticia lo sobrecogió y una onda de angustia pareció introducirse en él y empañar por un momento el tono de su espíritu. Tuvo la sensación de que era detenido por algo imprevisto, por un muro de rocas o por una ancha hendedura en el transcurso de una bajada en las montañas. Algo se alzaba o se abría repentinamente ante

él, algo que no podía atravesar, trepar ni descender y que, sin embargo, no lo atemorizaba, aunque se le imponía.

Le había sucedido otras veces, aunque en otras condiciones; al trepar un cerro desconocido, por ejemplo: subidos los primeros trescientos o cuatrocientos metros, se llega a un punto en que se domina, de abajo hacia arriba, la falda de la montaña y los ojos ven un terreno levemente ondulado, cubierto de monte y que en apariencia se continúa sin interrupción. Se fija el punto a que se ha de llegar, aquella loma o aquel portezuelo, y se marcha directamente; pero el hecho de haber mirado de abajo hacia arriba y el de que el cerro esté cubierto de monte, impiden al trepador ver lo que en realidad hay: a los cien metros, la línea que se ha trazado se encuentra interrumpida por un corte que se puede descender pero no ascender: el lado contrario está constituido por una muralla de rocas lisas, imposibles de escalar. Tiene una fuerza, resolución, hasta temeridad; pero todo eso no sirve de nada: hay que rodear, por la derecha o por la izquierda, la quebrada, si se quiere seguir.

Ahora era diverso: esta quebrada era imposible de bajar, de subir o de rodear; su anchura y su hondura estaban más allá de la fuerza, de la resolución o de la temeridad. Era la muerte, silenciosa, sin explicaciones, absolutamente inabordable. Sólo muriendo se podía entrar en ella, sin que con ello se ganara otra cosa que morir.

Se repetía a sí mismo:

—Ella ha muerto; está ahí.

Pero el hecho de su muerte no era tomado por la conciencia, y no porque ésta fuera incapaz de aprehenderlo sino porque no era cogida por aquél, que resbalaba y caía, tal vez porque era rechazado por el vigor de la imagen que él guardaba de ella o tal vez porque aquél no tenía la fuerza necesaria para penetrarla e irradiar allí su obscuro contenido. Quizá ocurría que la imagen era más persistente y más fuerte que la mujer misma, quizá no existía relación vital entre una y otra, que poseían una vida propia y también una propia y diversa muerte. Su deceso, además, había ocurrido en circunstancias completamente ajenas, para Juan, de la idea de la muerte. No estaba enferma cuando se separó de ella y había muerto en momentos en que él, muy lejos, corría y gritaba sobre la nieve. Si hubiera estado enferma algunos días, si él la hubiese atendido y visto decaer, poco a poco, hasta morir,

seguramente habría sido otra su impresión, pues su cuerpo, sus sufrimientos, sus cuidados, los remedios, la enfermera, las noches en vela, las pequeñas desesperaciones, la curva febril, que sube y baja, los olores del éter o del alcohol, los algodones y las gasas, el silencio, las palabras en voz baja, los pasos en puntillas, las inyecciones, el llanto de alguien, habrían formado un clima apropiado para la idea de la muerte y su receptividad.

Pero no había ocurrido nada de eso.

Por otra parte, no se trataba sólo de la mujer muerta; se trataba también de la mujer viva. Es cierto que ésta había muerto, pero es cierto también que había muerto únicamente en aquello que en ella había de mortal, en aquello que le pertenecía en absoluto. Lo que le pertenecía a él, en cambio, no había muerto, no podía morir: era una creación suya, independiente de su vida y de su muerte, y continuaba viviendo y no moriría sino cuando él muriese o la dejara desvanecerse. Esta era la verdad; las imágenes no mueren sino por sí mismas y mucho menos mueren cuando se las alimenta con un aliento propio cualquiera. Los reflejos que aquella mujer irradiaba habían formado en él una imagen, pero esta imagen habría sido en él una más, como muchas otras, sin volumen, percedera, si no la hubiese animado, quién sabe por qué oculta e íntima exigencia, con el soplo de su pasión amorosa, transformándola en algo que vivía y ardía y quemaba dolorosamente. Es posible que aquella imagen no correspondiera sino lejanamente a la mujer; es posible aun que no tuviera nada que ver con ella; es posible, por fin, que si la mujer hubiese podido contemplarla no se hubiera reconocido en ella. Pero eso no tenía importancia. Era "su" imagen, la que él se había creado con los reflejos que se desprendían de ella, y cuya vida y cuya forma quería transmitir a la mujer. Porque para algunos seres amar no es más que colocar en alguien lo que ya alimentan dentro de sí mismo como imagen, como concepto o como sistema amoroso. El hombre o la mujer cuyo temperamento está constituido de esta manera, busca dar, a través de una mujer o de un hombre, una forma plástica a su contenido amoroso, y entonces sucede que el individuo físico, el individuo social, la persona civil, en una palabra, casi no existe, pues él o ella sólo ven en ella o en él lo que en ellos mismos se contiene, es decir, el propio ser amoroso

que poseen. A Juan le ocurre así. Una mujer de la cual está enamorado, o mejor dicho, una mujer a la cual, por una serie de circunstancias, quizá subjetivas, ha transferido su expresión amorosa, no existe sino como objeto amoroso, aunque esta objetividad no sea, como pudiera creerse, exclusivamente sexual (pues para Juan el goce sexual no es un fin sino un medio: el de probar que entre una mujer y él existe una correspondencia amorosa perfecta, anterior a la posesión y confirmada por ésta. Esa transmisión de la propia imagen amorosa es algo que excluye toda otra posibilidad de la misma índole: no puede amarse ni poseerse sino a esta mujer o a este hombre, pues sólo se tiene una imagen; es una fidelidad forzosa, como la del ojo, que no puede percibir sino lo que mira). Su personalidad exterior no tiene para Juan gran importancia. La oye hablar sobre muchas cosas y actuar en esta forma o en la otra, casi con indiferencia. Sus vestidos o sus sombreros, sus medias o sus zapatos no llaman su atención:

—No me has dicho nada de mi vestido nuevo.

En verdad, Juan no ha visto su vestido nuevo o su nueva cartera. Pero su voz, sus movimientos, sus miradas, su temperatura, su olor, su tono, no le pasan inadvertidos. Sólo ve de ella lo que tiene o puede tener relación con su estado amoroso. No le importa que sea fea o hermosa, silenciosa o elocuente. Sólo existe para él en cierto momento: cuando está a solas con ella y puede transmitirle y gozar en ella su propia imagen amorosa. (Juan ignora si será ésta una forma de narcisismo, es decir, que su goce sea producido por el eco o el reflejo que su propia pasión despierta en la mujer —que su sentimiento amoroso obre como la sonda usada en las mediciones de las profundidades marinas: la sonda irradia su onda y ésta, atravesando la oscura y fría masa de agua, toca el fondo, el cual la devuelve de nuevo a la superficie; sí, tal vez, y mientras más largo sea el viaje de la onda y más tarde en regresar a su punto de partida, mayor será la plenitud del sentimiento amoroso, que sentirá así que su extremo toca, allá, los inextricables y dulces abismos de la mujer—. Pero Juan no lo cree, y no lo cree porque, por su parte, ignora el proceso de la mujer: no sabe si a ella le ocurre lo mismo con él. Quizá sí porque nunca, a través de su escasa aunque plena vida amorosa, ha querido o poseído, con plenitud de todos sus sentimientos, a una mujer que no haya respondido en la forma que él deseaba que respondiera —¿quién sabe si era

él que respondía?—. Aquellas que no respondieron o que respondieron antes de tiempo, han desaparecido —¿o desapareció él, que no contestó o que contestó demasiado pronto?—. Tal vez la profundidad era muy desigual o de escaso alcance, en esos casos, la sonda de irradiación).

Es lo que a Juan le pasaba con esa mujer: era el reflejo de su imagen amorosa, imagen que, muerta ella, seguía existiendo en él.

Si el hombre que lo miraba a hurtadillas, y cuyas miradas Juan sentía como que resbalaban por su rostro, hubiera sabido la intimidad amorosa que hubo entre esa mujer y él, habría dicho, al verle mudo, indiferente, sin una lágrima, que era una bestia sin sentimientos. Y, de ser así, habría tenido razón. Pero no era así. Simplemente, Juan estaba deslumbrado, como en un estado de estupor; todo le parecía frío y extraño a él. ¿Por qué no sentía, en ese mismo momento, que esa mujer era la que quería, la que había acariciado tanto, la que amaba aun, aquella mujer que accedía a todos sus caprichos amorosos y para quien era una inusitada alegría, un goce inmenso, el conocimiento de cada nueva caricia, de cada nuevo sentimiento y matiz amoroso?

Existía una diferencia de clima y de sonido entre él y lo exterior. Duro o tenso, no percibía aun en lo subconsciente, en aquella región de su ser en que ella vivía en él, lo que sucedía. Pero, seguramente, y sin que lo advirtiera, el hecho estaba trabajándolo, royéndole como un ácido, y llegaría el momento en que un negro boquete se abriría en alguna parte de su conciencia.

II

El hombre lo tomó del brazo, y con voz suave, casi tímida, dijo, mientras procuraba acompañar su paso al de Juan:

—Escucha: nunca tuve una noción clara acerca de la vida de mi hermana; tampoco la tengo ahora acerca de su muerte. No supe cómo vivió ni sé cómo ha muerto. Dicen que ha sido un accidente; no lo creo: nadie, ni siquiera un borracho, puede caer al río en aquella parte en que, según dicen, ella cayó. Me inclino, más bien, a creer que se trata de un suicidio. ¿Por qué me inclino a creerlo? No lo sé. ¿Qué motivo pudo tener para suicidarse? Tampoco lo sé... Como tú ves, no es mucho lo que sé. Sin embargo, y a pesar de que

a ratos pienso que lo mejor que podría hacer sería ignorarlo todo, quiero saber. Tú sabes que soy un curioso de la vida ajena, un hombre que ha dedicado su vida a la investigación de las condiciones en que vive nuestro pueblo. En este caso he sido un curioso raro: mientras mi hermana vivió, su vida no tuvo interés alguno para mí: el interés ha despertado junto con su muerte. Me dirás: ¿no es ridículo que la vida de tu hermana te interese ahora, que ha muerto? Puede parecer ridículo, pero no lo es, y no lo es porque no se trata únicamente de mi hermana: se trata de un ser humano a quien siempre juzgué superficial y vacío y que ahora, al suicidarse, despierta en mi ánimo la sospecha de que no fuese ni vacío ni superficial. Esa es la cuestión. Detrás de ese suicidio —supuesto por mí: si no lo supusiera no podría decir una sola palabra— hay algo, algo que necesito saber, no por mera curiosidad sino por un motivo más profundo: sabiéndolo, daría a esa vida la proporción que tuvo y que puede ser mayor o menor de la que le suponía o que puede ser idéntica, pero que, de todos modos, quiero conocer. ¿Entiendes? Sí, entiendes y quisieras saber por qué siempre juzgué superficial y vacía a mi hermana. En realidad, no sé bien por qué. Ya te he dicho que es muy poco lo que sé. Pero intentaré explicártelo. Yo era bastante mayor que ella, diez o doce años —no recuerdo bien en este momento—, y tú sabes lo que son diez o doce años de diferencia entre personas jóvenes. Si un hombre tiene treinta y dos años y otro cuarenta y dos o cincuenta y dos, no hay entre ellos gran diferencia en cuanto a madurez, a experiencia o a conocimientos y puede suceder que el de treinta y dos años tenga más conocimientos, más experiencia y más madurez que el de cuarenta y dos o el de cincuenta y dos más que el de cincuenta y dos; pero si un hombre tiene veintidós y una muchacha doce, la diferencia, la distancia, es demasiado grande. Ahora, si tú agregas al hombre una mentalidad curiosa o profunda y una superficial o displicente a la muchacha, ya no es una distancia cualquiera la que hay entre ambos: es un año-luz. Y ten en cuenta que aunque esas mentalidades no sean más que aparentes, la situación es la misma, pues no sólo es la realidad la que separa a los seres; lo es también, más frecuentemente, la apariencia. Los seres humanos no son lo que parecen sino lo que son, dice el refrán, y dice bien, pero en la apreciación de los seres no sólo se equivoca uno respecto de los demás sino también respecto

de uno mismo: no somos lo que a nosotros mismos nos parece que somos sino lo que somos. ¿Entiendes? Yo era, o pretendía ser, o aparentaba ser, un hombre de mentalidad curiosa o profunda, es decir, un hombre que se interesaba y apasionaba por todo aquello que algunos hombres juzgan merecedor del interés y de la pasión de los hombres: por la vida humana, por el arte, por la ciencia, por los libros, por las ideas, por el amor, sí, también por el amor. Ella, en cambio, era, o pretendía ser, o aparentaba ser, una persona de temperamento y mentalidad completamente diversos de los míos. No le apasionaba ni interesaba nada de lo que a mí me interesaba y apasionaba. En retribución, y sin proponérmelo, naturalmente, todo lo que a ella le gustaba me era a mí indiferente. Sus juicios sobre las cosas y los seres, sus distracciones, sus amistades, me eran tan extrañas como extraños le eran a ella mis juicios, mis distracciones y mis amistades. No sólo éramos seres diversos sino que también vivíamos en diverso mundo. Como les ocurre a muchos, resultábamos hermanos nada más que porque habíamos nacido de una misma madre. Pero tú sabes que es difícil definir a una persona, definirla de tal modo que no quede duda alguna acerca de que esa definición corresponde a ella. Es difícil porque una persona está compuesta de infinitos elementos que no pueden, por sí mismos, constituir una persona y que, sin embargo, la constituyen, agregándoles, claro está, equis, o sea, la vida. Esa equis no arroja más que aproximaciones. Si tomas un ser y lo mides centímetro a centímetro, si determinas su metabolismo, si examinas su sistema respiratorio, digestivo y circulatorio, si observas sus reflejos, si analizas sus secreciones y registras sus reacciones a la luz, al tacto, al dolor, a la temperatura, si le tomas la presión, si identificas en parte su herencia genética, si aclaras su vida vegetativa, si precisas el funcionamiento de sus glándulas endocrinas y estudias sus complejos, obtendrás numerosas cifras y muchos tantos por cientos o por miles, además de muchas palabras esdrújulas y polisilábicas: vagotónico, neurótico, asténico, histérico, apático, linfático, sanguíneo, extravertido, introvertido y, acaso, invertido. Muy bien; pero, y la persona: ¿dónde está? En ninguna parte. No está en ninguno de esos detalles; está en todos. Echalos a andar y la obtendrás, pero cuando la obtengas no será ya sólo una cifra, un porcentaje, una curva o una palabra esdrújula: será un ser viviente. Ese ser viviente, sin

embargo, te da a ti, me da a mí, les da a todos, una imagen, una sola, pero no la misma para cada uno sino la que está de acuerdo con el interés que su personalidad despierta en cada uno: un interés sexual, un interés intelectual, uno moral, estético, político, comercial o deportivo. Recogemos la que nos corresponde, la que nos interesa, y nos quedamos con ella, tranquilamente, creyendo que esa imagen es toda la persona y que podremos hacer con ella el uso que queramos. Error, sí, error. Es lo que me pasó a mí y lo que, con seguridad, te pasó a ti con ella. Tengo la certeza de que la imagen que tú guardas de mi hermana no tiene nada que ver con la que yo guardo de ella, y si fuéramos a pedir a su otro amigo —al otro, ¿sabes?— que nos mostrara la que él posee, nos quedaríamos con la boca abierta. Y ten en cuenta que eso significa riqueza, o, por lo menos, multiplicidad espiritual, ya que mientras más imágenes irradia una persona, más rica de espíritu y más expresiva es. Un ser que presentara a todos los ojos una misma y única imagen, sería algo que no se podría catalogar en ninguno de los reinos de la naturaleza, pues hasta las piedras presentan, a los ojos de los hombres, diversas imágenes. Existen sin duda seres para quienes una persona presenta siempre más de una imagen, seres que poseen una sensibilidad de máquina fotográfica ultrarrápida y para los cuales una mirada, un movimiento, un tono de voz, representan otros tantos aspectos de una personalidad; pero esto, como tú sabes, está fuera de lo normal, y no estamos hablando de seres anormales, aunque no estoy muy seguro de que así sea. Y debo confesarte que todo esto que te estoy diciendo no lo he pensado solamente ahora, no; lo he pensado desde hace mucho tiempo, pero, desgraciadamente, nunca lo había pensado en relación con mi hermana... Ella me daba una imagen —¿como te diré?—, una imagen exclusivamente familiar, que es la más pobre que un ser humano puede dar a otro. Pero en esto intervino, sin duda, mi falta de interés por ella. A los veintidós años yo conocía toda la vida que un hombre, curioso por ella, puede conocer; mi hermana, en cambio, parecía vivir en un estado de ninfa. Cuando yo tuve treinta y dos, ella tuvo veinte. Si me preguntaras qué hizo durante esos ocho años, no sabría qué contestarte. Durante ellos, seguramente, la ninfa sufrió su última transformación y se convirtió en individuo,

maduró. No lo supe, sin embargo, ni me dí cuenta de ello: la veía siempre de doce años o de menos. Nuestras vidas, por otra parte, estaban orientadas en diversas direcciones: yo me dedicaba a estudiar; ella, a salir, como se dice en el argot de cierta clase social, o sea, a ir a los bailes, a reuniones, a la ópera. Mi madre, como todas las madres de esa cierta clase social, sólo veía en su hija a la futura señora de alguien y únicamente para eso la preparaba y para eso la había parido. ¿Qué hizo en las reuniones, en los bailes, en la ópera? Misterio. Por otro lado, ¿sabía ella lo que yo hacía, hasta la una o las dos de la madrugada, en mi escritorio o de dónde venía, a veces, al amanecer? Ni una palabra. De este modo nos ignorábamos el uno al otro y seguimos ignorándonos hasta el momento de su muerte y más allá.

El hombre se detuvo en medio de la calzada, soltó el brazo de Juan, hizo con el cuerpo un movimiento que lo colocó frente a su amigo y agregó, mirándolo a través de sus anteojos:

—Pero tú debes saber algo de ella. Hubo algo entre ustedes, enamoramiento o amistad, no sé, pero algo. No te pido que me cuentes todo; te pido únicamente que me digas si ella llegó en realidad a vivir o si toda su existencia no fué más que una frustración. Me gustaría saber, mejor dicho, me interesaría saber si, por ejemplo, tuvo un amante, si se entregó a alguien; en una palabra, si llegó a ser o no una mujer. No te preguntaré nombre ni te pediré referencias; no me importan... ¿Qué me dices?

III

¿Qué podía decir él? Habría deseado poder contestar afirmativamente, decir a aquel hermano, por ejemplo, que su hermana se había entregado a un hombre y que ese hombre era él:

—Sí, tu hermana fué mi amante. Ve tranquilo.

No podía, desgraciadamente, responder en esa forma: habría mentido, y mentir era, en aquel caso, innoble. Si la mujer hubiese sido su amante y él lo hubiere confesado, su confesión, tal como se planteaban las cosas, habría sido un acto noble: se trataba de valorizar a un ser humano. No habiéndolo sido, la mentira, aunque salvándola ante los ojos de su hermano, la hería y la manchaba, no en ella misma, que era ya indiferente a las heridas y a las manchas, sino en él mismo, en la imagen que guardaba de ella, imagen viviente

y activa, armada todavía de poderosas armas, que se habría revuelto en él y contra él al sentirse empañada por el único ser que sabía que ella no había sido amante de nadie. Ni aún para salvarla podía mentir. Era preferible que se perdiera no lograda antes que revestida de un falso ennoblecimiento, mucho más despreciable que un verdadero enruinecimiento.

Y todo esto, claro está, sólo en relación con la mujer viva, con la mujer que aún vivía en él; en cuanto a la muerta, ¿cómo decir que había sido su amante? Decirlo, sabiendo que mentía, era algo tan terrible como poseerla muerta.

Sí, no podía contestar en esa forma. Aunque aquella mujer había estado, muchas veces, desnuda entre sus brazos, no había sido su amante; mejor dicho, lo había sido sólo a medias. Pero si un cónyuge a medias es ya ridículo, ¿cuánto no lo será un amante a medias? Ningún hombre ni ninguna mujer es capaz de confesar, salvo que su dignidad no tenga ya importancia alguna para sí mismo o para sí misma, que ha sido o es amante a medias de alguien, por mucho que hayan existido reales razones para no serlo enteramente.

Esa era la verdad: había sido un amante a medias. ¿Cómo confesarlo? Confesándolo habría empequeñecido, ante los ojos de aquel hombre, a la mujer niña. "¡Amante a medias! ¡Qué más pudo haber sido!", habría exclamado el investigador de las condiciones de la vida popular, que sin duda era apasionado de las estadísticas exactas, y Juan, entre sonrisas idiotas y ademanes zurdos, habría tenido que explicar por qué y cómo lo habían sido.

¡Amantes a medias! Sonaba peor que mujeres a medias, hombres a medias, niños a medias, sexos a medias, y menos mal si se hubiera tratado de un fenómeno natural, independiente de la voluntad humana, como un feto con un solo ojo en la frente o como uno con dos cabezas y un solo cuerpo; aquello no era nada de eso: era un producto de su espíritu, un fruto de su moralidad sexual, en una palabra, un acto consciente. Mientras fué un amante a medias no sintió vergüenza alguna, al contrario, muchas veces se enorgulleció de serlo; juzgaba que el sentimiento que a ello lo impulsaba y en ello lo sostenía, era un sentimiento noble. La vergüenza aparecía ahora, no la de haberlo sido sino la de llegar a confesarlo, pues aquel sentimiento, como todo sentimiento noble, era personalísimo, íntimo, casi inexpresable. Expresarlo era exponerlo a la incredulidad y, en consecuencia, a la ridiculez,

ya que nada es más increíble que la nobleza ni nada más ridículo que una nobleza en que no se cree.

Ni siquiera la mujer supo nunca su secreto, y cuando, en ciertos momentos, sus grandes ojos lo miraban como preguntándole, quizá, si había algo más allá de todo aquello, o, tal vez, por qué se detenía, él, evitando aquella interrogadora mirada, sentía, mientras escondía la cabeza entre la almohada y el cuello de ella, que el obscuro impulso que lo urgía, duramente, a desflorar aquella virginidad enardecida y expectante, se desvanecía y era reemplazado por una enorme ternura. Se daba cuenta de que aquella mujer era, en cierto modo, suya y que en cualquier momento, cuando él lo quisiera, podría tomarla, y esa seguridad, esa conciencia de su dominio sexual, le proporcionaba un goce más profundo y duradero que el que habría podido proporcionarle la posesión, que habría sido un puro hecho material, agradable sin duda, pero sin la significación y la profundidad que él deseaba que tuviera. No era el cuerpo de aquella mujer lo que él deseaba conseguir, no; eso era ya suyo o, por lo menos, lo obtendría cuando quisiera. Lo que quería y por lo cual luchaba era algo muy diverso y mucho más difícil de conseguir: quería que en el instante de la posesión aquella mujer fuera completamente suya, que no hubiera nada de ella que se le negara, ni un pensamiento, ni un sentimiento, que entre ella y él no quedara resquicio alguno por donde pudiera escaparse, de ella, algo que no le perteneciera a él. Únicamente así la habría poseído porque únicamente así habría estado seguro de que tenía el derecho de poseerla.

Eso quería, eso esperaba y por eso luchaba.

—No, no sé nada.